

Hernán Lavín Cerda

POESÍA CHILENA CONTEMPORÁNEA

Antología de los 60

1

Todo comenzó en un juego casi de niños. A principios de la década de 1960, en 1961, asistimos a la presentación del libro *Esta rosa negra*, de Óscar Hahn, un delgado y tímido estudiante que venía del norte de Chile, de la ciudad de Iquique. Un joven de pocas palabras, pero de visiones personalísimas. El propio Hahn leyó algunos de sus poemas en la Sociedad de Escritores, allá en Santiago, y aquella lectura provocó entusiasmo, desconcierto y alegría.

La poesía chilena, que durante muchos años estuvo determinada, estilísticamente, por el *modus vivendi* y los recursos retóricos de Pablo Neruda, empezaba a desprenderse de dicha tutela y buscaba nuevos caminos. Ya Nicanor Parra había puesto la primera bomba de tiempo con sus *Poemas y Antipoemas*, obra que se publicó en 1954. En aquel 1961 también apareció *El árbol de la memoria*, de Jorge Teillier; en 1963 se editó otro libro fundamental, *La pieza oscura*, de Enrique Lihn, y en 1964 *Contra la muerte*, de Gonzalo Rojas.

Después del libro de Óscar Hahn, la "operación apertura" vino en cadena, como un río de aceite; mejor dicho, se desencadenó el juego de los muchachos con sus autoediciones, sus manifiestos y sus revistas en distintos puntos del país. De este modo, surgió un nuevo rostro, plural y múltiple, en la poesía de Chile: un rostro compuesto por las obras de aquellos jóvenes que por esos días andábamos con un poco más de veinte años en el alma y en el cuerpo.

2

Recuerdo que yo era funcionario de la Biblioteca Nacional (Sección de Literatura Hispanoamericana), y un día recibí una carta-invitación que estaba firmada por Omar Lara, quien había fundado recién el Grupo Trilce y la revista del mismo nombre. Me invitaban a participar en el *Primer Encuentro de Poesía Joven de Chile*, bajo el auspicio de la Universidad Austral de Valdivia, en 1965.

Viajamos toda una larga noche de invierno, de Santiago hacia el sur, rumbo a la ciudad de Valdivia, y en un autobús que de pronto se estremecía como una jaula, o, más bien, como un ave de corral en su propia jaula. Waldo Rojas iba con nosotros, y Santiago del Campo, y Ronald Kay, y tal vez Manuel Silva Acevedo, y tal vez Raúl Bruna. A las diez de la mañana

del otro día, Omar Lara nos esperaba en la terminal de los buses. Algunas horas o minutos más tarde, conocimos a Jaime Quezada, Floridor Pérez, Federico Schopf y Gonzalo Millán, entre otros. Durante las sesiones del Encuentro tuvimos la certeza de que aquel juego de niños, casi de niños, estaba a punto de provocar algunos cambios de cierta importancia en el panorama de la poesía chilena. Y así ocurrió: creo que no nos equivocamos. Estaba surgiendo toda una generación desacralizadora, corrosiva a veces, crítica, melancólica, más o menos creyente, burlesca, desconfiada y esperanzada, cardiotónica, nerviotónica, neurasténica a veces y vital, viviendo su incertidumbre y sus sueños vitalmente, casi como en un juego de niños: la llamada generación de los 60, la de los jóvenes que empezaron a publicar en esa década, la llamada generación *emergente*.

De inmediato nos propusimos abrir el diafragma de nuestra cámara no siempre lúcida: facilitar el vuelo de nuestro oficio en otras direcciones. Valorar y rescatar otras poéticas: las de Vicente Huidobro, Pablo de Rokha, Gabriela Mistral, Eduardo Anguita, Humberto Díaz Casanueva, Rosamel del Valle, Braulio Arenas, Nicanor Parra —sin duda—, Gonzalo Rojas —sin duda—, Enrique Lihn, Miguel Arteché, Efraín Barquero, Jorge Teillier.

Todo iba más o menos bien cuando se produjo el golpe de Estado y la instauración de la dictadura castrense que detuvo, a sangre y fuego, el desarrollo democrático de la sociedad chilena. La generación emergente se convirtió, entonces, en la generación diezmada y violentada. Algunos salieron al exilio: los otros empezaron a vivir en el exilio interior. Óscar Hahn se fue a los Estados Unidos, a Maryland y luego Iowa; Hernán Lavín Cerda a México; Omar Lara al Perú, después a Rumania, a España, y de nuevo a Chile; Hernán Miranda a la Argentina y de nuevo a Chile; Federico Schopf a Alemania y de nuevo a Chile; Waldo Rojas a Francia, y Gonzalo Millán a Canadá, de vuelta a Chile, y otra vez al exterior, a Holanda. Adentro del país permanecieron Floridor Pérez, Jaime Quezada y Manuel Silva Acevedo.

3

En octubre y noviembre de 1991 estuve en Chile, luego de una ausencia de casi veinte años. Me encontré con la siguien-

te sorpresa: la generación diezmada y violentada se ha convertido, gracias a la nueva experiencia democrática (una democracia todavía con muchas desigualdades), en la generación rescatada o en vías de rescatarse. Poco después de mi arribo a Santiago, por ejemplo, asistí a la presentación del libro *Seis poetas de los sesenta* (Edit. Universitaria, 1991), cuyas autoras son las ensayistas y maestras universitarias Carmen Foxley y Ana María Cuneo. El acto se efectuó en la Casa Central de la Universidad de Chile.

Debo decir que durante mi estancia en Chile se publicaron varios artículos en periódicos y revistas sobre los escritores de aquella generación. Jaime Quezada me decía que este fenómeno es alentador y comprensible: "Con la dictadura cayó el silencio sobre nosotros, y nuestras obras fueron censuradas, silenciadas o, en el mejor de los casos, ignoradas; sin embargo, y pese a las dificultades, seguimos editando nuestros textos. Con la vuelta del régimen democrático, el interés por nosotros

aparece nuevamente, sobre todo entre los jóvenes que quieren saber cómo éramos cuando teníamos veinte años, qué escribíamos y qué estamos escribiendo y publicando en la actualidad".

Indiscutiblemente, los muchachos del 60 han sobrevivido: aprendieron el difícil arte de la supervivencia. La voz de la poesía, la otra voz, no pudo ser acallada por la dictadura. El silencio cifrado de los poetas pudo más que el silencio brutal. Estos escritores y poetas siguen escribiendo y publicando, dentro y fuera de Chile. La cultura de aquel país no está en agonía. Vienen otros muchachos en el camino y con fuerza propia, otros que no hace mucho cruzaron el límite casi invisible de los veinte años, como lo cruzamos, sin darnos cuenta, en la década de los 60 en aquel país tan insular y distante, al menos geográficamente. La poesía de Chile sigue viva. Quizá debiera mestizarse un poco más con la del continente americano y, por cierto, con aquella que se cultiva en otras regiones del mundo. ◇

- **Floridor Pérez** (Yates, Chiloé, 1937). Algunos de sus libros son *Para saber y cantar* (1965); *Ciografía de Chile* (Quimantú, 1973, edición parcial; segunda ed. completa, Ediciones LAR, 1987); *Cartas de prisionero* (México, Casa de Chile, 1984; segunda ed. parcial en Ediciones LAR, 1985; tercera ed. completa en Ediciones LAR, 1990); *Neruda: poesía y prosa autobiográfica* (Edit. Zig-Zag, Santiago, 1990).
- **Óscar Hahn** (Iquique, 1938). Profesor de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Iowa, en USA. Tiene varias obras publicadas, entre las cuales destacan *Esta rosa negra* (Edit. Universitaria, Santiago, 1961); *Agua final* (La rama florida, Lima, 1967); *Arte de morir* (Hispanérica, Buenos Aires, 1977); *Mal de amor* (Ganymedes, Santiago, 1981); *Flor de enamorados* (Francisco Zegers Editor, Santiago, 1987); *Estrellas fijas en un cielo blanco* (Universitaria, Santiago, 1989).
- **Hernán Lavín Cerda** (Santiago de Chile, 1939). Profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Dirigió el Taller de Poesía del Instituto Nacional de Bellas Artes (1975-1979). Algunas de sus obras de poesía y narrativa son *Neuropoemas* (Santiago, 1966); *Cambiar de Religión* (Santiago, 1967); *La conspiración* (Universitaria, Santiago, 1971); *La cruzidera de la viuda* (Siglo XXI, México, 1971); *El que a hierro mata* (Seix Barral, Barcelona, 1974); *Los tormentos del hijo* (Joaquín Mortiz, México, 1977); *El pálido pie de Lutú* (Premiá, México, 1977; 2a. ed., 1979); *La nostalgia y otros juegos de azar* (Torres Agüero Editor, Buenos Aires, 1990); *Historia de Beppo el Inmóvil* (J. Mortiz, 1990); *Confesiones del Lobo Sapiens* (UNAM, 1992).
- **Federico Schopf** (Osorno, 1940). Fue profesor de estética literaria e investigador en la Universidad de Chile. Ha publicado dos libros de poesía: *Desplazamientos* (Ediciones Trilce, Santiago, 1966) y *Escenas de Peep-Show* (Ediciones Manieristas, Santiago, 1985). También editó su obra ensayística *Del vanguardismo a la antipoesía* (Editorial Bulzoni, Roma, Italia, 1986). En la actualidad es profesor de literatura y miembro de la Fundación Cultural Vicente Huidobro.
- **Omar Lara** (Nueva Imperial, Cautín, 1941). Fue director de la revista de poesía *Trilce* y fundador del grupo del mismo nombre. Actualmente dirige la Editorial LAR (Literatura Americana Reunida, en Concepción). Entre sus libros habría que mencionar *Los enemigos* (1967); *Los buenos días* (Ediciones Trilce, 1972); *Oh buenas maneras* (Premio Casa de las Américas, La Habana, 1975); *Fugar con juego* (Ediciones LAR, Madrid, 1984); *Serpientes, habitantes y otros bichos* (LAR, 1986). También es traductor de poesía rumana. En 1981

se publicó el volumen *La juventud de Don Quijote*, del poeta Marin Sorescu, en traducción directa al español hecha por O. Lara (Edit. Visor, Madrid). El libro más reciente de Lara es *Cuaderno de Soyda* (Edit. Tiempo, Chile, 1991).

- **Hernán Miranda** (Quillota, Valparaíso, 1941). Hizo estudios de literatura y periodismo en la Universidad de Chile. Ha publicado las siguientes obras: *Arte de vaticinar* (Santiago, 1970); *La Moneda y otros poemas* (Premio Casa de las Américas, La Habana, 1976); *Versos para quien conmigo va* (Santiago, 1986); *Trabajos en la vía* (Ediciones LAR, 1987); *De este anodino tiempo diurno* (Colección Barbaria, Santiago, 1990).
- **Jaime Quezada** (Los Ángeles, Chile, 1942). Hizo estudios de literatura en la Universidad de Concepción. Fue Presidente de la Sociedad de Escritores de Chile y ejerce la crítica literaria. Conjuntamente con Floridor Pérez dirige el Taller de Poesía de la Fundación Pablo Neruda. Sus libros publicados son *Poemas de las cosas olvidadas* (Ediciones Orfeo, Santiago, 1965); *Las palabras del fabulador* (Edit. Universitaria, Santiago, 1968); *Leyendas chilenas* (Quimantú, 1973); *La frontera* (Quimantú, 1973); *Poesía joven de Chile*, antología (Siglo XXI, México, 1973); *Astrolabio* (Edit. Nascimento, Santiago, 1976); *Huerfanías* (Edit. Pehuén, Santiago, 1985).
- **Manuel Silva Acevedo** (Santiago de Chile, 1942). Hizo estudios de literatura, filosofía y periodismo en la Universidad de Chile. Ha publicado *Perturbaciones* (Santiago, 1967); *Lobos y Ovejas* (Ediciones Paulinas, Santiago, 1976); *Mester de bastardía* (Ediciones El Viento en la Llama, Santiago, 1977); *Monte de Venus* (Edit. del Pacífico, Santiago, 1979); *Palos de ciego* (Ediciones LAR, Concepción, 1986); *Desandar lo andado* (Ediciones Cordillera, Ottawa, Canadá, 1988).
- **Waldo Rojas** (Concepción, 1943). Profesor de historia en la Universidad de París. Ha publicado *Príncipe de naipes* (Santiago, 1966); *Cielorraso* (Santiago, 1971); *El Puente Oscuro y otros poemas* (Departamento de Bellas Artes, Jalisco, 1976); *El Puente Oscuro* (Ediciones LAR, Madrid, 1981); *Almenara* (Ediciones Cordillera, Ottawa, Canadá, 1985); *Chiffre à la villa d'Hadrien* (Parler Net, París, 1984); *Deriva Florentina* (Universidad de Ginebra, Suiza, 1989); *Fuente Itálica* (Universitaria, Santiago, 1991).
- **Gonzalo Millán** (Santiago de Chile, 1947). Obtuvo su Licenciatura en Artes, Universidad de New Brunswick, Canadá. Reside actualmente en Rotterdam, Holanda. Ha publicado *Relación Personal* (Santiago, 1968); *La Ciudad* (Editions Maison Culturelle Québec-Amérique Latine, Canadá, 1979); *Vida* (Ediciones Cordillera, Canadá, 1984); *Seudónimos de la muerte* (Ediciones Manieristas, Santiago, 1984); *Virus* (Ediciones Ganymedes, Santiago, 1987).

Floridor Pérez

La partida inconclusa

Blancas: Danilo González (Alcalde de Lota)

Negras: Floridor Pérez (Profesor de Mortandad)

1. P4R, P3AD;
2. P4D, P4D;
3. CD3A, PxP;
4. CxP, A4A;
5. C3C, A3C;
6. C3A, C2D;
7. ...

mientras reflexionaba su séptima jugada
un cabo gritó su nombre desde la Guardia.

—¡Voy! —dijo—

pasándome el pequeño ajedrez magnético.

Como no regresara en un plazo

que me pareció prudente

anoté —en broma—: *Abandona*.

Sólo cuando el diario El Sur
la próxima semana publicó en grandes letras
la noticia de su fusilamiento
en el Estado Regional de Concepción
comprendí toda la magnitud de su abandono.

Se había formado en las minas del carbón
pero no fue el *Peón* oscuro que parecía
condenado a ser y habrá muerto
con señoríos de *Rey* en su enroque.

Años después le cuento esto a un poeta.
Sólo dice:

—¿Y si te hubieran tocado las blancas?

Isla Quiriguina, octubre 1973

Sueño

Sueño que estoy en la biblioteca
frente al retrato de Natacha.
Al tomarlo, la puerta se abre y despierto.

Todo es tan rápido
que no alcanzo a devolver el retrato
a su sueño, cuando ella aparece.

¡El abrazo!
El retrato cae de mis manos y despierto;
está amaneciendo en el presidio.

Soñar soñando y soñar
que en sueños se despierta:
pura literatura, cuento viejo.

Pero, ¿cuándo mierda
acabará este mal sueño
y despertaré en tus brazos?

Reconciliación según san Mateo

Al teniente K

Su diestra
arrancaba mechones
rompía pómulos
diestra

Su diestra
quemaba con cigarros
hería con agujas
siniestra

Tiempo después
—noticia siniestra—
con una granada
se voló la diestra

Si ahora cristianamente
yo le pusiera la otra mejilla
usted tendría que golpearme
con la otra mano



Pronósticos de septiembre

Yo profetizo el florecimiento del manzano
No el "florecimiento" del cultivo
ni el comercio
ni la explotación
simplemente las flores del manzano

Ni a los podadores
con sus grandes tijeras de amputar
-dos espadas en cruz-
ni a los mercaderes
ni a los encajonadores funerarios

sólo a los pájaros del cielo
y a los labradores de la tierra
anuncio:
tras el pestilente bombardeo
de los fumigadores
la patria huele a flores de manzano

Yo que no soy turista ni suicida

Yo que no soy turista ni suicida
ni prófugo ni pez ni pescador
me arrojé al mar como un turista prófugo
y nado como un pescador suicida
frente al guardiamarina que bosteza.
Pero el mar no muerde el anzuelo:
se limita a limpiarme cuanto puede
y me devuelve a tierra, como un pez
demasiado pequeño para su hambre. ◇



Óscar Hahn

Reencarnación de los carniceros

*Y salió otro caballo, rojo: y al que
estaba sentado sobre éste, le fue dado
quitar de la tierra la paz,
y hacer que los hombres
se matasen unos a otros.*

San Juan, Apocalipsis

Y vi que los carniceros al tercer día,
al tercer día de la tercera noche,
comenzaban a florecer en los cementerios
como brumosos lirios o como líquenes.

Y vi que los carniceros al tercer día,
llenos de tordos que eran ellos mismos,
volaban persiguiéndose, persiguiéndose,
constelados de azufres fosforescentes.

Y vi que los carniceros al tercer día,
rojos como una sangre avergonzada,
jugaban con siete dados hechos de fuego,
pétreos como los dientes del silencio.

Y vi que los perdedores al tercer día
se reencarnaban en toros, cerdos o carneros
y vegetaban como animales en la tierra
para ser carne de las carnicerías.

Y vi que los carniceros al tercer día
se están matando entre ellos perpetuamente.
Tened cuidado, señores los carniceros,
con los terceros días de la terceras noches.

A la una mi fortuna, a las dos tu reloj

Estuve toda la noche parado frente a tu puerta
esperando que salieran tus sueños

A la una salió una galería de espejos
a las dos salió una alcoba llena de agua
a las tres salió un hotel en llamas
a las cuatro salimos tú y yo haciendo el amor
a las cinco salió un hombre con una pistola
a las seis se oyó un disparo y despertaste

A las siete saliste apurada de tu casa
a las ocho nos encontramos en el Hotel Valdivia
a las nueve nos multiplicamos en los espejos
a las diez nos tendimos en la cama de agua
a las once hicimos el amor hasta el exterminio

Ahora son las doce del día
y tengo entre mis brazos al cuerpo de todos mis delitos

El centro del dormitorio

Un ojo choca contra las torres del sueño
y se queja por cada uno de sus fragmentos
mientras cae la nieve en las calles de Iowa City
la triste nieve la sucia nieve de hogño

Algo nos despertó en medio de la noche
quizá un pequeño salto un pequeño murmullo
posiblemente los pasos de una sombra en el césped
algo difícil de precisar pero flotante

Y aquello estaba allí: de pie en el centro del dormitorio
con una vela sobre la cabeza
y la cera rodándole por las mejillas

Ahora me levanto ahora voy al baño ahora tomo agua
ahora me miro en el espejo: y desde el fondo
eso también nos mira
con su cara tan triste con sus ojos llenos de cera
mientras cae la nieve en el centro del dormitorio
la triste nieve la sucia nieve de hogño

Ecología del espíritu

Ahora estamos hundiéndonos lentamente en el fango
y lo más raro es que podemos respirar
tóquese fondo ahora tóquese fondo quebradizo
quíebrese el fondo y cáigase al vacío abierto
navéguese un buen rato por el cielo
y húndase en el espacio profundamente en el espacio
y lo más raro es que podemos respirar
tóquese fondo ahora tóquese fondo duro
pálpese el fondo siempre con los pies
golpéese el fondo duro rebótese allí
sálgase impulsado hacia arriba sálgase al vacío abierto
navéguese un buen rato por el cielo
porque ahora estoy hundiéndome cada vez más en el fango
mientras vuelo sin alas por el espacio de la pecera

Misterio gozoso

Pongo la punta de mi lengua golosa en el centro mismo
del misterio gozoso que ocultas entre tus piernas
tostadas por un sol calentísimo el muy cabrón ayúdame
a ser mejor amor mío limpia mis lacras libérame de todas
mis culpas y arrásame de nuevo con puros pecados originales,
ya? ◇

Hernán Lavín Cerda

Descubrimiento de la silla

Antes del descubrimiento de la silla,
las mujeres se sentaban con absoluta inocencia
como si recién hubieran escuchado
la voz de Dios entre los matorrales.

La ceremonia de sentarse no era intrascendente
como ha ocurrido en los tiempos modernos
donde la silla, con su obvedad y su torpeza,
destruyó el encanto de la época primitiva.

Han pasado los años y tú eres la niña que corre
sobre las flores azules en este bosque
donde no sólo las piedras hablan
como si hubiesen visto a Dios entre los matorrales.

Antes del invento de la silla nos amábamos
con la más absoluta inocencia
y no era irreal el esplendor en las flores azules
donde tu sombra parecía dormir como un ídolo antiguo.

Han pasado los años y la ceremonia de sentarse
vuelve a tener relevancia en este lugar de Dios que nos
alumbra
y todavía nos protege como la hembra a su nonato
más allá de la silla convertida en olvido.

Ultratumba

En memoria de Juan Rulfo

Después de tantos años, sólo crees
en la democracia de la vida de ultratumba
donde se supone que no existirá, tumbas adentro,
la explotación del hombre por el hombre.

Pasan los años, después de tantos, y la muerta
se subirá al cadáver de su muerto:
emplumada se sube, amorosa o suspicaz, culebreando,
y lo besa en los labios, ya sin miedo, lo besa con júbilo
y de pronto le muerde la lengua, ven a mí, se la muerde,
no te duermas, ven a mí, culebreando se la muerde
hasta la consumación de los siglos.

—Qué falso es todo, amor mío— solloza la muerta y sonrío
después de quitarse lentamente las medias—
qué falso, no te abandones, nunca te dejes morir, no me
abandones,
qué falso y hermoso es todo esto.

—Qué final, Dios mío, qué final— suspira el cadáver bajo la
lluvia
y va respirando con la inocencia de un mamífero
que recién ha descubierto el amor, aquel amor de siempre,
en la democracia de la vida de ultratumba
donde se supone que no existirá, tumbas adentro,
la explotación del muerto por el muerto.

Sobre una cama ortopédica

Algunos dicen que Nonata Pedroso nació en Pernambuco,
y ella jura que tuvo relaciones
con el espíritu de Nuestro Señor Jesucristo
sobre una cama ortopédica.

—Eres la puritana mística— me dijo Él
con una voz tan suave
como el roce de las alas de un colibrí
contra mi pecho lleno de leche.
Eres la puritana más láctea de todo el Universo,
me dijo riéndose como un enano de mirada perdida
al que acaban de rozar, más allá del crepúsculo,
con alas de colibrí que tiemblan como la cama ortopédica.

—¿Yo la puritana mística?— dijo Nonata entre sollozos.
¿Yo la ortopedia del puritanismo, la puritana más láctea?
Aunque ustedes no lo crean, juro que tuve relaciones
con el espíritu de Nuestro Señor Jesucristo
sobre el bramadero de una cama ortopédica.

Él me decía no puedo más, éste es el fin.
Yo le dije no te arrepientas, casi todo perdura.
Él me decía no puedes más, ¿por qué te has vuelto heroica?
Yo le dije lo que tú digas, pero no te arrepientas.

Él me besó tres veces, dijo no te apresures, éste es el fin.
Yo le mordí sus labios, tres veces, la trinidad en sus labios,
pero no tuve el valor para decirle tu boca es mía, sólo mía.

El cordero

Serpiente de Dios que limpias los pecados del mundo,
nunca nos abandones y, cuando sea posible,
ten piedad de nosotros.

Cordero de Dios que limpias no solamente los pecados del
mundo,
ten piedad de nosotros y, si es posible,
nunca nos abandones.

Unicornio de Dios que limpias los pecados del mundo,
ten piedad o búrlate de nosotros cuando quieras,
pero nunca nos abandones en este Valle de Lágrimas

donde hemos venido a llorar lo menos posible
junto a los inocentes cuya alegría es contagiosa.

Una visita al matadero

Con golpes de cachiporra en la cabeza
del vacuno que brama como si fuera un niño,
con ese ruido de piedra hueca o de tambor pudriéndose
después de la elegancia de un solo macanazo,
hasta que el matarife pueda obscenamente
descubrir las bellas o malas artes de la carne
dispuesta al sacrificio para el abasto público.

Delirio de precisión de la cachiporra
en los mataderos de Santiago de Chile
donde se practican las ciencias ocultas de la carnicería
como si fuesen Galas del Trovar:
ocultismo en el ojo
que colgará del verdugo extraviándose de órbita
junto al holocausto del ternero, de la vaca más antigua.

Cómo olvidarnos del bramido de los toros
degollados en el patio
donde sólo se escucha el zumbido de una piedra hueca
o el chorro de agua que salta de los grifos:
un poco más allá se descuelgan las ubres de sus vacas
como la solitaria bombilla del estudio de Francis Bacon.

No interrumpe su vuelo de guadaña esa cachiporra:
del hocico al testuz, del testuz a la espiral sin oxígeno
como si fuera taladro eléctrico, lezna de acero,
casi mítico punzón de las trepanaciones.

¿Cómo olvidarnos del cuchillazo póstumo en medio del
corazón?

Ya no braman los toros, el miedo enceguece a las terneras
y las últimas vacas escuchan la voz del matarife
invitándolas a sumergirse en la hipnosis del degolladero. ◇



Federico Schopf

Los templos de Agrigento

I

No es la falaz melodía
de los condenados a fuego lento
en las estatuas que rodeaban su jardín
—el jardín de Falaris, el amigo de Platón—
lo que aquí se oye.

Ni el recuerdo de Empédocles
que vino a poner orden
y más tarde se arrojó al Etna
para probar que era inmortal.

No es la violencia de los hombres
y tampoco la previsible corrosión de las columnas
o el polvo pisoteado por los turistas.

No este polvo que se amontona sobre el polvo
en esta urna eterna a tajo abierto
y el lento paso de las nubes.

II

Algunos templos —o sus restos— se alzan contra el cielo
sostenidos por el aire (que parece sostenerlos).
Enormes pilas de columnas y estatuas destrazadas
hacen pensar en cataclismos en cámara lenta o en otras
disgregaciones.

Es el canto de las cigarras en el pasto y en los olivos
asordinado por los buses que descargan más turistas.
Es el hervor y el olor del aire que llena mis pulmones
y produce una sombra transparente.
Es el canto de una sirena que no se ve por ninguna parte
y que guía mis pasos y me hace andar con pies de plomo.

Los templos —o sus restos falsamente eternos—
son el centro de un círculo
y la tierra y sus estaciones
y yo y los transeúntes: accidentes.

No hay rocas al fondo de este abismo
en que la mirada se deshace sin llegar a término
y se hace parte de la corrupción solar.

El azar me entregó un conocimiento
o la necesidad
cóncava a causa de los ojos
que nunca ven afuera.

El aire transparente y en apariencia sin historia
disimula chirridos y denuncia deterioro
dejando ver fisuras de su ficción como flecos
de una cortina al viento
u hoyos negros que cruzan pájaros cegados por el sol
que hiere mi vista
acostumbrada a otras sensaciones.

III

De regreso sorprendo
a una sirena de largos cabellos ensortijados
y oscuros ojos fijos en la lejanía
en que hubiera podido reconocer mi destino.

El pez espada expuesto en el mesón
a la codicia de los sículos
trozo a trozo perdió su curvatura
en su postrera lucha con los comensales.

Y don Antonio Cavallero come y bebe y gesticula
en el bar de Atenea como si encarnara un pájaro
que no resucitará de sus cenizas: lo que vemos desborda
nuestro orden y desorden, parece decirnos: adelántate
a toda despedida.

Mujer madura

Ella sale de la bañera
con las dificultades de una mujer
que madura a la luz cobriza de la tarde
que actúa como un ácido en su piel
y registra su paso en el espejo.

Chorrea el agua por sus piernas y se desparrama
su tembloroso abdomen sobre el lecho.
Sólo una mancha oscura que se expande
y confunde su olor con el que sube
de las cocinas y la calle ardiente
que entra en la noche.

No tiene rostro en torno al eje de la boca.
Sólo una máscara que se deshace. Sólo los ojos
—y los anteojos— en que brilla el fuego fatuo
de las necesidades y pasiones propias de la especie
antiguamente insatisfechas.

Informe

La mujer aparece de perfil contra la luz
Afuera llueve
Ella está desnuda
La luz no es exacta
Desdibuja todo

Su cuerpo se desplaza como arena movediza
Su cuerpo se reúne, se dispersa, se disgrega

Ella prácticamente no existe
Ella es el encuentro casual de la luz y la materia en el espacio
Ella habla como si viviera en una pieza
El aire que se cuela tiene olor a edificios
Tiene olor a bencina
A materia

Ella se tiende
Está oscuro
Respira Habla
Probablemente de algo
Pasa el tiempo

La pieza se oscurece Oscila
Su cuerpo se desplaza
Se reúne
Se dispersa
Se disgrega. ◇



Omar Lara

Vallejo

Tienes hambre en París animalejo melancólico;
los aires de Trujillo te hicieron mal,
París, qué hace París con el poeta bajado de los Andes,
instalado de pronto en la rue Molière
desde donde cavilas y te enamoras.
Disputas diariamente con la vida que no te gusta
y sin embargo te gusta, herido como estás
de tantas cosas,
de Perú que te duele en pleno pecho,
de Santiago de Chuco revolcado,
de tu pulmón tan pequeño cada día más.
Herido como estás de tu dolor tan cariñoso.

El enemigo

Es cierto que estoy prisionero
de algunas palabras precipitadas
y terribles
que proferí a propósito
de alguien. Alguien
con quien nos hicimos valientemente daño
y al que abrazaría de inmediato
si lo tuviera a mi lado.

Fotografía

Ese de la derecha, en cuclillas, debajo de la barbita de
Lenin,
ése soy yo.
Es en una ciudad que vi y no vi,
tal vez estuve en ella, esta fotografía me inquieta,
debo averiguar hasta qué punto yo soy en esa imagen.
Anduve dando tumbos en esa ciudad.
Despertaba en la noche y me encontraba en ella,
con esfuerzo volvía a la realidad. Incluso tuve amores
con una muchacha, hasta que me confesó
ser sólo un espejismo. Desde entonces
evito salir sin un plano, ahora último repleto mis bolsillos
con pastillas de variado uso
y de vez en cuando me inclino sobre el pasto y huelo,
porque reconozco, de veras, el olor de las calles que
conozco,
y distingo debajo de la lluvia, por el sabor del barro,
el lugar donde estoy.

Playa

Las mujeres semidesnudas y los hombres
carentes de imaginación nos reunimos
tranquilos a la caída de la tarde, cada uno
en su respectivo espacio.

Jóvenes audaces, mientras tanto; sacan machas del mar,
en actitudes sugerentes y malignas
que nos hacen empedregarse.

Algunas sombras aparecen y desaparecen impulsadas
por el vibrante olor que fluye de las olas
y yo me tiendo frente a una mujer
embarazada hace ya mucho tiempo.

Huellas

Pájaros audaces de otro recuerdo
vuelan en esta dirección, los sacudo en el aire,
desaparecen tragados por el aire.
Volamos todos ennegrecidos, rodamos en este crepúsculo.
En verdad es de noche, rodéame escaleras
y sólo el viento permanece;
cércame palabras desconocidas, las amarro a mi recuerdo,
es decir, a aquello que sobrevivirá.
Todo es cierto en este momento.
No sólo la absurda ternura que me hiere.

Al fondo de una alcantarilla

Alguien al fondo de una alcantarilla
mira hacia arriba a través de las rejillas
para saber que pasas no para verte las piernas.
Está allí,
naturalmente allí,
agazapado entre diarios y rumores aciagos,
le tiemblan las piernas por la inmovilidad,
pasan ratas a su alrededor,
a lo lejos se oyen los gritos de los vendedores,
ve entre sueños tu rostro,
ve tu rostro inmutable,
tu rostro que no dormirá nunca más.



Subdesarrollo

Perdóname las uñas mal cortadas,
amor mío y los ásperos dedos que te rompen las medias.
Sé que es grotesco mi gesto amoroso
si estoy hiriendo tu piel y te beso
sin ninguna delicadeza delante de esa joven llorosa
vestida de luto.

Esa que está en la mesa vecina sorda y extraña
a la inclemente música que hace mover las sillas
y de paso nos excita.

Pero qué ásperas duras insensibles manos
en tus senos y en tus piernas,
serán como espinas o rugosa cáscara.

Abrazo azul

A Nada le gusta pintar.
"Cierta vez, me cuenta Soyda,
Nada hizo un dibujo para mí.
Ella lo llamó Abrazo Azul". Una tarde, prosigue,
me llevó hasta la Plaza. Por entre los tilos densos
abrió con su pincel un boquete de un azul borracho
y me dijo: ese es nuestro "Abrazo Azul".
Yo la abracé, dice Soyda, no sé si en azul o en puelche,
porque mordía esa tarde un viento frío como de sur,
y besé su párpado izquierdo.
Entonces el párpado aleteó como un pájaro trémulo
y se fue volando, el párpado.
Tuve la sospecha que ese fue el momento exacto,
la tarde puelche-azul,
cuando a Soyda se le instaló esa emoción nueva,
esa arruga en la frente.

Jugada maestra

Ya ni te pido que descanses, pequeñísima
impostergable mujer mía.
Porque esta broma del amor, esta
jugada maestra de sentirnos necesarios
ha ganado terreno, nos ha solicitado sabiamente:
nos hemos vuelto locos.

Hemos resuelto que esto es el amor.
Sólo falta saber cómo lo utilizaremos
de qué buena manera para todos
y antes que sea demasiado tarde. ◇

Hernán Miranda

Todo encaja en todo armoniosamente

El macho encaja en la hembra y la hembra en el macho
tal como el cuchillo encaja en los labios de la herida
sangrante
y el árbol de corteza arrugada en el paisaje que lo rodea.
Cada palabra encaja como un rompecabezas dentro de lo
conversado
así como una mirada encaja entre otras miradas
o la columna atacante en el espacio del enemigo
que se repliega a duras penas.

El extremo oriental del Brasil encaja en la costa occidental
de África
y el cuerpo del atormentado en el instrumento que lo
lacerara,
la mano del ladrón con su presa.

El vuelo de un pájaro y la caída de un pájaro encajan
y el fusilado en las balas que lo perforan
y el niño en su madre
y una boca que besa en otra boca que devuelve el beso.
La línea quebrada de las montañas encaja en la línea
quebrada
del cielo que hay sobre las montañas.
El río encaja en su cauce,
el mar en su lecho cóncavo
y en su cuenca el ojo lloroso y la llave en la cerradura.

Todo encaja con todo
y no parece tarea fácil desligarse de este designio.
Cómo separar al muerto de su ataúd
o la partida del viajero de su regreso.
Todo se relaciona con todo
y hasta el que se esconde en una isla solitaria
encaja como un alfiler en la solapa del olvido.
Cada cosa se disuelve dentro de otra
y hasta "el camino de subida es el mismo camino de
bajada".

Al poema le es dado envolverlo todo,
evidenciar las relaciones que hacen posible
la armonía del caos.

Una bandada de loros cruzaba el horizonte

Una bandada de loros cruzaba el horizonte
entre alegre bullicio.

Desordenada vagancia de estos tipejos
que jugueteaban
hablando de cosas imposibles de entender
con el sano juicio.

Loros sueltos a la buena de Dios
¿de qué podían hablar allí mientras volaban?
(Los loros no hablan sino imitan,
dice la Enciclopedia.)

Hay otra versión.
Los loros andaban en asuntos de amor.
Loros en desordenado tropel
hablando el lenguaje
ininteligible del amor, eran éstos.
Y éste podría ser entonces un poema intimista
de un loro prometiendo a su lora
cien años de amor, ni un día de olvido.

Deus ex machina

No esperen, por Dios, que el Director
baje desde lo alto asistido por la tramoya
A él no se le puede ver la cara
como dejaron establecidos los antiguos
Conténtense con divisarlo fugazmente
y por la espalda
o sentir sólo el paso de su mano
dando o quitando privilegios.

En este teatro al aire libre
las representaciones están vendidas
con mucha anticipación
y se dan a taquilla vuelta.

La función empieza en cuanto uno llega.
No se olvide de aplaudir en el entreacto.

Antes de que las manzanas maduren

Todo habría de ser una historia de viejos manzanos
que desaparecían cada día
y de una ciudad todavía joven que avanzaba
peligrosamente en todas las direcciones.

Historia edificante,
especial para ser contada a la hora de las sobremesas
o ser dicha desde el púlpito en el sermón de los domingos.

Historia de manzanos

que todavía florecían –blancos– en las primaveras
y que los pájaros carpinteros taladraban en jornadas
interminables
y de agrios muchachos que robaban agrias manzanas
para luego abandonarlas a medio mascar a la orilla del
camino
y de guardianes que vigilaban a paso enérgico
la maduración de las pomas
con escopetas terciadas a la espalda,
y los puños hundidos hasta el fondo
en los bolsillos de las chaquetas.

Aquí no se habla del aroma de las manzanas maduras
porque él llegaba de todas partes
ni de los sapos que se reunían por millares al venir la noche
y acallaban todo otro rumor
y eran engullidos por parsimoniosos pavos
que luego ocupaban su lugar a la diestra misma
en la cabecera de los banquetes.

Pero sólo diremos de los viejos manzanos
que iban desapareciendo cada día
ante el paso de las hachas de los leñadores
y de una madre que concurría a recoger astillas de manzano
con sus pequeños hijos
para hacer fuegos que entibiaban el hogar.

Ah la sabia faena de doblarse en dos
para entresacar astillas de entre las yerbas húmedas.
Ah las tensas inspecciones en busca de ocultas astillas
y los escarabajos importunados en su sueño
y las arañas sorprendidas en sus intimidades
y correteadas a pocos centímetros del suelo.

Y en aquel lugar no habríamos de encontrar a la noche
rojas manzanas
asándose dentro del horno con una pizca de mantequilla
sino doradas chispas que ascendían hacia el negro cielo
y unos niños que sorteaban los fríos del invierno
arimados a una fogata.

El resto es una historia de tensos hilos a plomo
y heridos abiertos en la tierra húmeda
y mocetones acarreamos materiales en pesadas carretillas
y albañiles pegando ladrillos concienzudamente.
Historia optimista que a otro cabe contar. ◇



Jaime Quezada

Desamparo

Mi corazón golpea la puerta de mi claustro
Cerrada bajo siete sellos
Bajo siete plagas bajo siete tentaciones:
libra a mí d' esta prisión do yago
Y palidez de ayuno tengo en cuerpo entero
Y sobre mi fijaré mis ojos
Y yo soy mi pecado mi pantera mi bestia fiera
Y no puedo dormirme
Aunque repita de memoria salmos pasados de moda
Que mañana sin embargo serán cantados con música de jazz
en arameo y mayaquiché y antiguo verso
Con música electrónica de 120 decibeles
Y en toda lengua: canción rock canción quechua
Y hoja por hoja y labio por labio
Serán cantados sin engaño en los retretes
En los urinarios públicos
En el gran baño turco de la ciudad en tinieblas
Y mi corazón y mi claustro pasarán
Y el cielo y la tierra y mi caballo de infancia
Y alabado será mi nombre
Que tuvo culpa de amor y no de guerra
Pecado de paraíso terrenal y no de mal ladrón

Tengo miedo tengo miedo Padre
Y sobreviviré a las ruinas del templo
Tan sólo para ser *aquel alguien*
Que escribe en sus muros la palabra *Desamparo*.

Sin corona de espinas sin corona de rosas

Escribo para un futuro que fue ayer
Año de 2033 ¿O treintatrés?
Cuando mi voz tenía el sonido de una sirena de alarma
y/o el lenguaje bursátil
Y nadie se atrevía a levantar su rama de olivo
porque era una rama de olivo
Y un Cristo cotidiano (y no un Dios) era el hombre
Sin corona de espinas sin corona de rosas
Celebrando la derrota del becerro de oro
a los pies de su becerra de plata
Llorando por el triunfo de la resurrección
de su tatarahermano
Y el carbono 14 irradiando a kilómetros luz
su adjetivo hueso muerto
Como la palabra Dios en una película muda
(Aunque todo el universo era Dios)

Yo Juan llamado de la Cruz

En los campos de la prisión de Toledo
Yo Juan llamado de la Cruz
Me pasé los días dando de comer hierbas a los asnos
(Si los asnos rechazaban las hierbas
era señal de hierbas venenosas)
No me daban siquiera un plato de lentejas
Tan flaco estaba que caminaba por el aire
Tocaba a Dios con los pies y con las manos
Comía sólo las hierbas que los asnos comían
Y no era ningún asno
Aunque me encerraban como un asno en una celda
A latigazo limpio echando afuera mis demonios:
Nada y nada hasta dar un pellejo y otro por mi Amado
Rebelde desobediente contumaz me gritaban
mis guardianes únicos demonios

No pudieron aplicarme la ley de la fuga
(Que muchas ganas al parecer tenían)
Yo mismo me fugué por mis propios medios de la cárcel
Sin traje de soldado sin traje de travestista
Con mi pobre sayal de arpillera de Almodóvar del Campo
Y como caminaba por el aire no dejé huella alguna
A no ser mi amor de Dios flotando en ese aire.

La torre

Desde siglos construyo mi propia Torre
Que concluiré en otro siglo de seguro ya antiguo
Cuando Dios se haya ido con su ciudad a otro cielo
Y mi cielo un hongo rojo derribado por un rayo
Entonces de nada valdrá mi nombre y mi fama
Si esta misma Torre se vendrá también abajo
A golpe de otro rayo salido de un ignorado cielo

Y sin mi Torre y sin mi cielo
Muerto de lengua entre lenguas muertas
Seré mi sólo desierto aquí en la tierra:
Una criatura pobre y sola.



Cultiva la idea de que el mundo se apaga

Todos los animales han fenecido en este valle
El último aliento fue el mugido de un buey
También las aves los insectos los árboles las plantas
Ni una espora de hongo en este valle
a no ser la espora de hongo del esmog
Ni una drupa-melocotón
Ni un aquenio capaz de dar origen a una hoja de lechuga

*Cultiva la idea de que el mundo se apaga
Y que los planetas*

Son fieras domesticadas en la selva de los ojos:

La araña del leño seco recién fecunda e insaciable
devorando al macho entre sus patas
El canto de motosierra del pájaro del monte
llamando al pájaro hembra a su lecho de ramas nupciales
La ranita de Darwin saliendo del vientre de su rana madre
y entrando a la boca marsupial de su padre
hasta el mes de saltar por sí misma al charco
Y en los nidos de cañas y totoras
huevos color cielo de verano de los patos palustres

Pura naturaleza ficción sin embargo
Puro recuerdo e imagen a lo *National Geographic*
en los archivos de la televisión
Puro afiche publicitario de jornadas agronómicas

Cultiva la idea de que el mundo se apaga:

Las flores del peral eran en corimbo
Las del avellano amentosas
Umbelíferas las del hinojo al igual que la cicuta
Cuán verde era mi valle
mirad los lirios que fueron!
Y yo hombre mortal lloro en este monte
sin sombra de olivos como simple mortal
(Salid de mí con duelo lágrimas corriendo)
Aunque de nada sirven mis lágrimas en esta tierra seca
Si hasta el cielo se cae ahora a pedazos

Todos los animales han fenecido en este valle
El último aliento fue el mugido de un buey
También las aves los insectos los árboles las plantas
El no huevo el no zigoto la no semilla

Veo pasar el cadáver de mi hermano
Sin una flor ◇

Manuel Silva Acevedo

Pareja humana

Al hombre le vuelan la cabeza.
El hombre en cuatro pies busca su testa.
La mujer llora por el hombre.
El hombre llora
con su propia cabeza bajo el brazo.
La mujer y el hombre decapitado
se abrazan, se palpan.
La mujer da de mamar a la cabeza
de su compañero.
El cuerpo del hombre sin cabeza
se agita como la cola de un lagarto.
La multitud vocifera delirante.
La mujer acuna la cabeza en su regazo.
La fusta del empresario silba amenazante.
La mujer y el hombre sin cabeza
hacen una venia
y la Luz los señala en el centro de la pista.

Fausto

Perdí el pelo, perdí dientes y muelas.
Se me cayeron las alas una por una.
Se me desprendieron todas las escamas.
Quedé ciego ojo por ojo.
Me desmembré a brazo partido.
Se vaciaron todos mis humores.
Me refugié en la última cuenca
donde arde la lámpara votiva de Luzbel,
luz más que bella.

Con sólo dejar

La vida es una ilusión,
lo único cierto es el cuerpo femenino
con sus volubles formas planetarias
en cuyas órbitas damos vueltas y más vueltas.
Puede que la tierra no nos trague todavía,
pero una mujer puede tragarnos para siempre.
Señoras hay que parecen jardines ingleses,
pero en verdad son selvas enmarañadas.
Hay que saber mucha geografía
para enténderselas con una hija de Eva.
Tienen las llaves del mundo,
pueden abrir y cerrar todas las puertas
con sólo dejar los senos a la vista.

Corre, salta, maldice

El dolor de la esterilidad
se refleja objetivamente en estos fotogramas
tomados en distintos momentos del proceso
de descondicionamiento mental.
En esta mueca que deforma la mandíbula
es el alma la que parece querer salir huyendo.
Ya se avecina el estremecimiento total de los sentidos
en contacto con las húmedas paredes de la mente
donde una bola de goma rebota enloquecida
y un niño corre, salta, maldice
tratando vanamente de alcanzarla.

El Ojo se festeja

Entre los matorrales la vieja zarigüella
acecha a su presa con trémulo resuello.
Ya sale la raposa de su oscuro escondrijo.
Ya se alista el hurón corriendo blandamente.
El ave marsupial cubre su nido.
Verde ambarina es la gota que declina
en las fauces del lobo carnívoros.

El Ojo se festeja.

Reptando y silbando sibilina
la Serpiente contrita prepara su pócima biliosa.
Lejos de los corrales acorrarla al Cordero.
Divina, transida de un amor sublime,
lo traga y digiere tiernamente.

El Ojo se festeja.

Y al venado de roja cornamenta
que encañonan siniestros cazadores,
le asombra que un gorrión cruce el cielo
piando libremente.

El Ojo se festeja.

Al predador mayor lo abate el miedo.



A la manera de Apollinaire

Así te quiero,
paridora como coneja,
criminal como víbora,
tiránica como abeja,
inescrupulosa como hiena,
voraz como la rata de afilados dientes,
pequeña como el piojo de la harina,
impertinente como los cuervos de las fábulas,
sabia como la más necia de las criaturas,
obvia como el cielo,
rapaz como la garra de la búha,
ardiente como la loba en celo,
sigilosa como las bacterias,
venenosa como ciertos hongos,
impaciente como las cigarras,
rápida como la lengua del basilisco,
triste como la lluvia,
humilde como la cabeza entre las manos,
fugaz como las estrellas fugaces,
permanente como el silencio,
alba como las estrellas multitudinarias,
frágil como una moneda,
desnuda como las estatuas y más que las estatuas,
abierta como las flores, abierta hasta el delirio,
colmada como colmena en el verano,
profusa como las primeras letras,
confiada como las golondrinas
en los cables eléctricos,
desconfiada como los sepultureros,
sagaz como las nutrias,
dramática como las manos del mudo,
sonora como la música
em la cabeza del sordo,
adorable como la costa para el náufrago,
increíble como las puertas abiertas
de una cárcel,
celestial como las llamas crepitantes,
infernial como la quemadura de la nieve,
cruel como yo,
te quiero con locura de sabio
empecinado en su cálculos inútiles,
mi signo, mi dibujo, mi libro recién impreso,
pequeña ola de río,
quilla rompiendo mis espumas,
te quiero. ◇

Waldo Rojas

Príncipe de naipes

Helo aquí, barquiembotellado en la actitud
de su gesto más corriente,
es el soberano de su desolación,
sus diez dedos los únicos vasallos.
Silencioso como el muro que su sombra transforma en un
espejo,
nada cruza a través de la locura
de este príncipe de naipes,
este convidado de piedra de sí mismo, el último en la mesa
-frente a los despojos-
cuando ya todos se han ido.
Aquí se detuvo la soledad de la adolescencia con un fuerte
silencio retumbante,
y aquí yace él sobre sus ojos como el único brillo:
un Arlequín de Picasso, se diría, pero menos sublime
y con la espada de Damocles en la mano.

Él es el Príncipe del Naípe, "después de mí un Diluvio
de agua hirviente,
y aun todas las aguas errantes del planeta
que nunca nadie llevará hasta mi molino".

La perpetración

Mal está que te haya olvidado, Rosa Inés.
El recuerdo no redime a nadie de nada.
Los ávidos adolescentes que fuimos rondábamos tu cuarto
en el patio de las criadas.
El sexo un vértigo abismante, oscuridad de oscuridades,
una sed y un rumor sordos.
Mal está también, Rosa Inés, que después de tantos años
de ti vea pasar por obra de tu nombre
fugitivos fragmentos de un cuerpo sorprendido, miembros
dislocados
por la semipenumbra
y esa fiebre que un día te acechara.
Amargura del botín de aquella noche, Rosa Inés,
tu silencio ante la Tías un aterrado cómplice.
Doble crueldad no poder rescatar tu rostro
ahora que quizá tú también lo hayas perdido en tu recuerdo
después de tanta miseria y de todos estos años.

Ajedrez

Antonius Block jugaba al ajedrez con la Muerte, junto al mar,
sobre la arena salpicada de alfiles y caballos derrotados.
Su escudero Juan, mientras tanto, contaba con los dedos las jugadas,
sin saberlo,
en la creencia de que lo que contaba eran peregrinos de una extraña caravana.

(Y a mí que no me gusta el ajedrez sino en raras circunstancias.
Yo que pude, luego de perder estruendosamente una partida,
beberme una botella con el ganador y sostenerle el puño en alto.)

Pero Antonius Block sin duda era un eximio ajedrecista, no obstante haber perdido el último partido de su vida.
Antonius Block, quien volvía de las Cruzadas, no tuvo en cuenta
que a Dios no le habría gustado el ajedrez aun cuando de veras hubiera algún día existido.

Afortunadamente todo esto sucedía en una sala de cine.
El mundo en miniatura en tres metros cuadrados a lo más.
Los otros personajes han pagado las consecuencias al terminar la función.

Sería bueno sostener ahora que el ajedrez está algo pasado de moda.
A pesar de la costumbre por los símbolos,
y de los cuadraditos blancos y negros irreconciliables en que se debate la vida
a coletazos.

Ahh, realidad espejeante

Ahh, realidad espejeante, dársena de toda abjuración,
venga, pues, ese trueque en el que mi pobre moneda falsa incline su vergüenza al regateo de tus prestidigitaciones;
dame ya tu mercancía todavía goteante de jugos viscerales
y que el grito vuelva a su reencuentro con el látigo.

Así como el amanecer cambia sus trinos por el mugido de las degollaciones,
vuélcame rápido la carta más vilmente marcada con su doble roña de sebo y engañosas,
Tarot de los Dementes,
o no me quedaré a tu cena de algodones sucios. ◇

Gonzalo Millán

Y como una mala canción de moda
te nombro y te repito

Cubierto con la cremosa ornamentación de los pasteles,
me he desvaído como el breve gas de las gaseosas tras el marino azul de tu uniforme,
y con mi corbata listada y gomoso de gomina soy otro perdido más
por el ruido de la orquesta en fiestas juveniles,
y otro más entre los nombres escritos con tinta sobre el cuero en tu bolsón de colegiala.

El paseo del sastre desnudo

Después de clavar esa aguja con dos manos en la silla
y cerrar las cortinas, ojales y retazos,
camino.

Puede que observe los vinos o el río o doble bruscamente las esquinas tratando de huir del figurín oscuro que me sigue,
o puede también que de pronto me detenga y cierre mi único ojo y mi bordado con un nudo negro sin más hilo.

Exit

*A los pasajeros cuya contraseña era:
"Piscina abierta, tempo permettendo".*

Salimos de Chile en la motonave Rossini
y viajamos lo que demoró su autor en componer "El Barbero de Sevilla":
trece o catorce días.

Cuando cruzábamos el Canal de Panamá
vimos un zapato flotando en la esclusa Miraflores.

Yo no me preguntaba adónde iríamos una vez en tierra,
cuando venciera la visa panameña de una semana.

Mi única obsesión, saber si era derecho o izquierdo aquel zapato,
a qué pie había pertenecido.

Toco rondas infantiles con una mueca en los labios

Un muñeco podrido bajo tierra en un jardín
y las ciruelas perdiendo el gusto ácido en el agua.
Tras las carcomidas lanzas de madera de una reja
se le pegan los pétalos en los labios
a un niño que muerde flores rojas.
Y yo con mis grandes manos, desde lejos,
comienzo a tocar el piano de juguete.

Vísperas

Al desayuno me dices
que te molesta mi actitud.
Yendo a buscar tu pasaje,
que mi pasión es egoísta.
En el supermercado,
que mi subjetivismo es despreciable.
Almorzando,
que mi postración es mezquina.
Paseando por el lago,
que mi autocompasión es abyecta.
En la fiesta de despedida,
que mi patetismo es indecente.
Después de la fiesta,
que mi falta de pudor es vergonzosa.
Antes de dormirte,
repites que me quieres
y que me escribirás a menudo.

Hockey

La muerte canadiense
se desliza hacia mí,
rauda sobre el hielo
como un jugador de hockey
esgrimiendo su guadaña de palo.
Yo no sé ni patinar,
yo juego fútbol, le digo.

El ausente

*La escritura es originalmente
el lenguaje del ausente
Sigmund Freud*

Se desvanecen las huellas
de unas plantas sobre la balanza
que ha retornado a cero.

Flota un olor a tostadas.
La cocina se enfría.
Aún crujen las sillas de mimbre.

El agua gotea,
pero quisiera correr
como cuando se abrió la llave.

El jabón desea el agua fría
y la piel de unas manos
que ya se ensucian.

La toalla aguarda tendida secar otra vez un rostro
cuya imagen recuerda el espejo.

Su tela es verde y brillante
como el césped bajo el sol afuera.
El peine retiene unos cabellos.

La casa recién abandonada
tiene la mañana y la tarde,
todo el día todavía por delante.

La cama deshecha espera
con el libro la llegada
de la noche y su durmiente.

El tiempo fluye
lisa y silenciosamente
en la ausencia como un aceite. ◇

